

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

La justicia en el Palacio de Congresos

La pobreza del vocabulario causa trastornos al pensamiento. Si una misma palabra designa cosas superficialmente parecidas pero sustancialmente diferentes, 2.000 años de reflexión no bastan para precisar sus conceptos. La justicia es una virtud personal, una convención social y un oficio público. Como virtud define un modo de ser equánime con los demás, una forma objetiva de pensar y de actuar las relaciones individuales. El modelo es la equidad. Su criterio, la templanza. Como convención, la justicia indica una determinada relación de equilibrio en la distribución de la riqueza, el saber, el trabajo y el bienestar entre las distintas clases y categorías de la sociedad. El modelo es la igualdad. Su criterio, la solidaridad. Como oficio, la justicia administra el reconocimiento de los derechos y la represión de los delitos. El modelo es la imparcialidad. Su criterio, la legalidad. Estos tres usos del vocablo justicia han perfilado los arquetipos de hombre justo, pueblo justo, Estado justo, que se reflejan idealmente en las expresiones justicia moral, justicia social y justicia legal.

Para que la justicia legal pueda ser imparcial hace falta que su administrador sea independiente de todo poder con capacidad para inquietarlo o corromperlo. El juez dice el derecho como el médico la medicina. Tan monstruoso es un juez que falsee o dilate su resolución por razón de Estado, de Gobierno o de partido, como un médico que precipite la muerte o retrase la curación de un enfermo en provecho de la clínica que lo emplea. Conquistar la independencia formal de la justicia ante el poder político no presenta ningún misterio técnico. Bastaría una reforma de la Constitución que impidiera a los dos poderes políticos controlar el reclutamiento y la promoción de los miembros de la carrera judicial, sin caer en corporativismo. La dificultad está en cómo romper la inercia de una tradición, basada en la exaltación de la conciencia y en el desprecio de la independencia, que mantiene sujeta la justicia a la razón de Estado y de Gobierno. Porque sin independencia, la justicia no es digna. Y con ella, sólo lo sería si la verdad instructora expulsara de la justicia a la prudencia sentenciadora.

Las encuestas muestran la degradación institucional alcanzada por el oficio de la justicia bajo el Estado de partidos. La sociedad política y las asociaciones profesionales de fiscales, jueces y magistrados no parecen estar interesadas, a juzgar por su falta de ideas y de iniciativas, en modificar esta vergonzosa situación operando sobre las causas que la producen. Pero la sociedad civil y el mundo jurídico, como los periodistas y los universitarios, no pueden inhibirse ante esta catástrofe judicial que socava los cimientos de la confianza social en las tareas civilizadoras que se esperan de la justicia. Por esta exclusiva razón, un grupo de juristas demócratas, contrarios a la sistemática influencia del Gobierno y los partidos en el Tribunal Constitucional, en el Tribunal Supremo, en la Audiencia Nacional y en los juzgados que instruyen delitos políticos, ha decidido celebrar un gran acto público (Palacio de Congresos, 20 de febrero a las 20 horas) de apoyo civil a la dignidad de la justicia, que simbolizan dos puñados de jueces y fiscales. Ahí, junto a los maestros Enrique Gimbernat, Joaquín Navarro y Federico Carlos Sainz de Robles, tendré el honor de defender la reforma democrática del poder judicial, separándolo formalmente de los otros dos poderes, y de sentar las bases culturales de la ruptura moral con esa tradición servil que exige a la conciencia judicial ser heroica o mártir, para poder ser decente. ¡Que bella ocasión para encontrarme allí con los lectores habituales de esta columna!

TRIBUNA LIBRE

Nacionalismo: un debate viciado

[RAMON ZALLO]

TODAS las ideologías han empezado a moverse en Euskadi para reajustarse al signo del cambio de época y milenio.

El nacionalismo moderado —sin cambiar sus referentes de clase— indaga en la refundación del nacionalismo como ideología no etnocrática, compatibilizando identidad nacional, identidades culturales varias y democracia. Ello le aleja de uno de los riesgos de la posmodernidad que apuntan Ilabermas y Ofre: el neotribalismo. Los socialistas realizan una aproximación al vasquismo cultural de la mano de Onaindia, aunque no han encontrado mucho eco en los sectores tradicionales del PSOE. La derecha de toda la vida reinvierte en foralismo regionalista y se viste de neoliberalismo y centrismo. Izquierda Unida reformula sus concepciones sobre la «cuestión nacional» y, en el plano social, gira a la izquierda. Como se ve, todas las tendencias parecen positivas. La única excepción es, lamentablemente, la izquierda *abertzale*, taponada por su vanguardia armada.

En ese contexto evolutivo la función de los intelectuales, independientemente de sus ideologías y desde el más escrupuloso respeto a la libre opinión, parece que debiera ser ayudar a esos procesos de reflexión, sabiendo que el pensamiento es una poderosa herramienta de transformación social o también un arma destructiva de los esfuerzos de cohesión social o por la paz.

No creo incurrir en paranoia alguna si digo que, de un tiempo a esta parte, parece haber una ofensiva ideológica que va más allá del antinacionalismo y que, por su contenido y forma, desanima al debate y promueve un conflicto político de corte banderizo. En ella intervienen algunos intelectuales que aunque no estén

teledirigidos han publicado más de 50 textos de opinión con un enfoque semejante, sobre todo en *El Correo* y *El País* en los últimos cuatro meses.

De los textos se pueden deducir tres objetivos implícitos. En primer lugar, se quiere legitimar un endurecimiento judicial y policial y propiciar un aislamiento político y

ros, desautorizando los ligeros pasos hacia la pacificación mediante la distensión y el diálogo, incluso cuando los dan algunos socialistas guipuzcoanos como el alcalde donostiarra, Elorza, o el secretario provincial, Eguiguren.

En general no se caracterizan por reclamarse de las clases trabajadoras o populares o de una nación o de una identidad. Flotan en dos columnas. El de la ética abstracta —sin la mediación del principio de realidad— y el de la reducción de la democracia a sus normas de funcionamiento. Tampoco se han puesto a sugerir salidas a los diversos contentos. Su filosofía sobre la normalización del país es clara y de una sola receta: muerto el perro —o a palos o por propio abandono— se acabó la rabia.

Superponiéndose a la simplista clave de *demócratas contra nacionalistas* y viceversa, se anima al victimismo de la población no nacionalista.

Eso es preocupante. Mal que bien se había logrado que las diferencias ideológicas entre ambos campos, así como entre derecha e izquierda, no generaran fracturas sociales en términos de comunidades socioculturales incomunicadas. Se ponen así en peligro procesos de permearización e integración social en marcha, como lo muestran las encuestas.

Euskadi no es una sociedad invertida ni mucho menos una tribu. Es una sociedad plural en proceso de vertebración, con una ingente cantidad de asociaciones civiles. Se arriesga resucitar el fantasma de las dos comunidades como en el primer tercio de siglo, lo que podría tener graves consecuencias en forma de enfrentamiento sectario civil.

Como corresponde a la lógica de dos bandos confrontados, casi todos los rasgos que atribuyen al nacionalismo radical excepción hecha de la no pequeña cosa del ritual de la

«Desde fuera,
pocos entienden
que el problema
vasco es, en origen,
un problema
democrático»

social aún mayor de la izquierda *abertzale*. Se buscaría la victoria por rendición del Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV), lo que significa una vía de escaladas mutuas dolorosas, tan peligrosas para las propias libertades como de demostrada inutilidad en el inmediato pasado.

En segundo lugar, se busca obsesivamente combatir la hegemonía ideológica del nacionalismo ofreciendo criterios para redefinir la política de los no nacionalistas en claves de ofensiva antinacionalista. En tercer lugar, se pretende pinzar la *tercera vía* —ahí engloban a Elkarri, sectores del PNV, EA e IU, ELA y el obispo Setién— reputada como obstáculo a una lucha de frentes cla-

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o reeditar los textos. No se facilitará a los remitentes información telefónica ni postal sobre los originales. Pueden enviarse por correo, por fax (Fax: 586 48 48) o por correo electrónico (internet@el-mundo.es)

¿Pero esto qué es?

Sr. Director:

Las imágenes de las detenciones de algunos de los miembros de la mesa nacional de HB me parecen de lo más bochornosas: la policía, garante de la ley y por lo tanto del bien, camuflados con pasamontañas por miedo a las agresiones y a los detenidos que llevan la cara descubierta, como si de héroes estuviésemos hablando.

¿Cómo es posible que una minoría de poco más de 100.000 seres humanos sea capaz de atomizar a toda una nación? Jorge Esteban Alcega Madrid.

Salvemos el río Guadalmez

Sr. Director:

El Guadalmez es un río que discurre por la franja noroeste de la provincia de Córdoba y que separa a ésta de la de Ciudad Real, o lo que es lo mismo, separa a Andalucía de Castilla-La Mancha. Es el afluente más importante del río Zájar y éste a su vez lo es del Guadiana.

Hasta hace no muchos años éste era un río bastante bien conservado. Con un

poco de suerte, en su entorno se podían avistar especies tan poco comunes como la nutria, la esquiwa güicña negra (*Ciconia nigra*), el águila perdicera (*Hierax fasciatus*), el elanio azul (*Elanus caeruleus*). Estas especies y otras pululaban y todavía lo hacen por este importante ecosistema que la especulación de unos desaprensivos —que se dedican a devastar la ribera de este río extrayendo áridos— está degradando seriamente la zona y que la inoperancia de las diferentes administraciones con competencia en esta materia están veladamente permitiendo que continúe.

Guadalmez sólo hay uno: ¡salvemlo! Jesús Cañizares Torralvo Córdoba

Tindaya desde mi ventana

Sr. Director:

Ultimamente no se habla de otra cosa por aquí. Dicen que ha venido un gran escultor (Chillida) y que va a vaciar mi montaña. La considero mía porque ella me ha visto crecer a mí y yo la he visto cambiar a ella.

Todas las noches le hablo desde mi ventana y sé que me escucha. Incluso me ha llegado a hablar alguna vez, cuando está triste. Esas noches oigo que el susurro del viento se transforma en alaridos. Posiblemente sean las quejas de todos los que han vivido en sus rubias faldas, que, como yo, creyeron suya Tindaya, que la quisieron y cuidaron, hasta concebir que una acumulación de